

JORDI MARAGALL

Ilusiones (II)

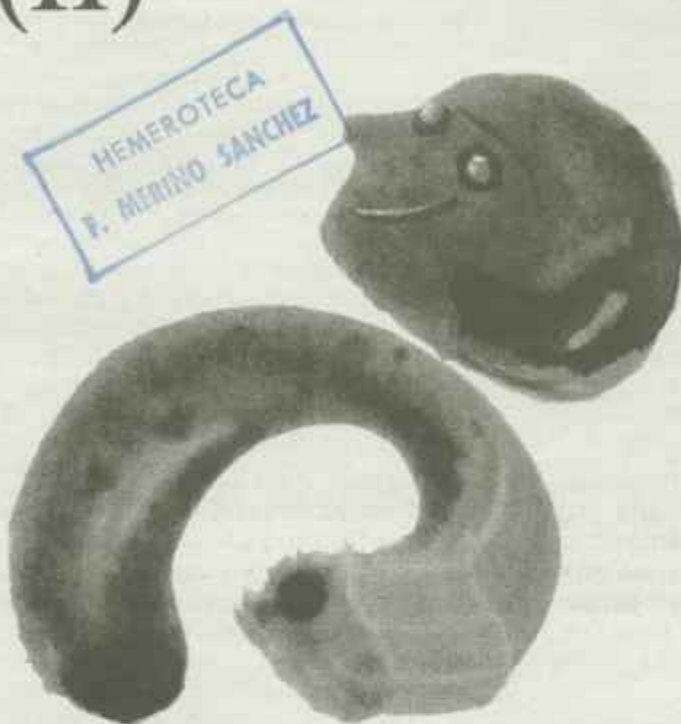
Dije en un artículo anterior que las ilusiones que narraba no eran las únicas que había experimentado en mi vida. Me dispongo así a narrar las otras que me han venido a la memoria a raíz de recordar aquellas.

La ilusión es un movimiento del espíritu que pone en juego las facultades del cuerpo y del alma, que, como decía mi padre, son una misma cosa. O al menos no pueden escindirse. Ya hablaba Landsberg del "cuerpo presencia", aquella experiencia que se tiene cuando uno siente el cuerpo adherirse a lo que tiene entre manos, con sensación de plenitud, de proyectarse con un signo positivo inequívoco hacia el acto o el pensamiento que experimenta. Son momentos de cuerpo presencia, por ejemplo, los de entrar en un mar liso y limpio en un día de "les calmes de juny", con una playa soleada y un airecillo que refresca el cuerpo caldeado por un sol resplandeciente. Es una de las ocasiones que ilustran mejor lo que deseo expresar cuando hablo de cuerpo presencia. He conocido estas experiencias de niño y adolescente en Caldetes, de mayor en Platja d'Aro, en Empúries, en Lloret de Mar, en Vilanova. Tengo un recuerdo especial de haberme sumergido en el mar Muerto, con un oleaje crispado y un agua salada y espesa que te sostenía sin gran esfuerzo por tu parte, pero esta era una ilusión singular por tratarse del mar Muerto. Era más una sensación del espíritu que el pleno goce del cuerpo.

Otra de las ilusiones de adolescencia fueron las sardanas en el Firal de Olot. Sólo con oír de lejos los toques de la tenora ya se disponía nuestro ánimo para incorporarnos a la rueda de la sardana y nos apresurábamos a llegar cuanto antes al lugar mismo donde íbamos a formar "l'anella". Los hermanos Ramon y Xita Masramon y el amigo Francesc Rodon deben de haber experimentado la misma ilusión. Todo el Firal de Olot daba la sensación de saltar bailando aquella misma sardana famosa. "Les noies de Prats de Molló" ("Les noies de Prats de Molló totes són troles, gusten el vi bo i l'aigua no") o la "Pubbilla empordanesa" de Pep Ventura, con letra posterior de mi padre.

Una de las ilusiones repetidas ha sido la de emprender el viaje por las carreteras catalanas y españolas en coche para visitar las delegaciones de las empresas farmacéuticas en las que trabajé desde 1944 a 1977.

JORDI MARAGALL, senador por el PSC



JAVIER AGUIAR

**TENGO UN RECUERDO
especial de haberme
sumergido en el mar Muerto,
con un oleaje crispado
y un agua salada y espesa**

Salir a media tarde para cenar en la Penadella y dormir en Zaragoza o Calatayud. Y conste que los coches no eran como los de hoy, y ni que decir tiene las carreteras. Nada de autovías o autopistas. Las carreteras, sin señalizar y con los bordes comidos. Pero a pesar de todo era un goce avanzar y ver los campos, cultivados o no. Recuerdo con ilusión especial un trayecto por la tarde en primavera entre Madrid y Sevilla: primero la gran amplitud de los viñedos hacia Ciudad Real y Valdepeñas. Luego, la bajada a Despeñaperros, La Carolina, donde la visión de Andalucía se abre esplendorosa con sus olivares y colinas en ondulaciones suaves. Se tiene la sensación de dominio del paisaje, de la amplitud de horizontes, de los pueblos encaramados en las montañas y colinas. Bella presencia de Andalucía que se adentra en nuestro ánimo y le proporciona un bienestar, el de cuerpo presencia.

Una ilusión fue en 1959 embarcarnos con médicos catalanes, españoles y familiares en el

"Cabo San Roque" para hacer el periplo por el Mediterráneo. El destino final era Estambul, donde se celebraba el congreso médico. El trepidar adormecedor de los motores, el mar calmado. Una primera escala en Nápoles de noche, visitas al día siguiente a Amalfi y Sorrento, unas noches plácidas y luego el navegar hacia Sicilia y la visita a Palermo y Taormina, en donde una joven bellísima me vendió un cenicero desvencijado de cobre y unas figuritas de terracota. El periplo siguió hasta Estambul y luego Beirut (con excursión a Jerusalén), Alejandría, El Cairo y regreso a Barcelona. Recuerdo con especial ilusión el paso de los Dardanelos: silencio al anochecer y el buque surcando las aguas quietas con los litorales a la vista.

Las ilusiones de emprender los viajes son varias: Moscú vía París, México vía Bruselas, otro periplo por las islas griegas, Canadá y Estados Unidos, siempre el ánimo alertado por las incidencias del viaje. El vuelo a México y a Montreal y la

llegada ya de noche a México, aquella extensión inmensa iluminada que el avión sobrevuela antes de aterrizar en el aeropuerto.

Ilusión al alquilar un apartamento en Madrid para pasar allí cinco años (1972-1977), General Martínez Campos, 20 2.º H, cerca de la que fue Institución Libre de Enseñanza (en el número 14), cerca de la que fue casa de Niceto Alcalá Zamora, cerca de donde vivió Luis de Zulueta y los suyos, cerca del número 51 de la misma calle, en donde vivían Arturo Soria y Conchita Puig, cerca de Miguel Ángel 8, en donde estuvo el Instituto-Escuela en el que estudió la que después fue mi esposa; cerca del número 18 de la misma calle, en donde vivían Gabriel Tortella y María Teresa Casares. Todo un barrio, el de Chamberí, plagado de recuerdos. Algunas mañanas temprano iba a pie a Bravo Murillo 38, sede de Antibióticos, SA, en donde yo trabajaba de director comercial. Un despacho amplio, una secretaria eficaz, Margarita Fraile, y mucha tarea por delante con buenos colaboradores y unos consejeros exigentes. El gerente, entonces Julio Nogués, catalán. Y un ex gerente, Federico Mayor Domingo, que conservaba un despacho y acudía todas las mañanas en funciones de asesor.

Son ilusiones de hace más de veinte años que conservo intactas porque constituyeron una parte importante de mi vida. Hablo de ilusiones y alguien tal vez dirá que se trata de recuerdos. Tal vez. Pero en todo caso se trata de recuerdos ilusionados que dejaron una huella imprecional en mi ánimo. ●